

embalsamado á impulsos de los melancólicos acen-
tos del ruiñeñor.

Creyéndose solo alza Tadeo las manos hácia el cie-
lo, y exhala su dolor en estas balbucientes pala-
bras.

« ¿A donde estás, Jesus mi maestro, mi amigo,
mi hermano, á donde estás? ¿Habrás caído en po-
der de tus enemigos?... Sí; los hombres perversos
á quienes tu virtud asusta te han inmolado á
su furor. ¡Ya no existes, y no he podido yo endul-
zar tu agonía con los consuelos de la amistad; y
mis ojos no han podido despues de ver tu última
sonrisa de amor y de misericordia, cerrarse para
siempre con los tuyos! ¿No hay término para los
latidos de este corazón atormentado por crueles
angustias? ¿Será que mi alma, creada para el su-
frimiento como la negra nube para la tempestad,
no pueda dormir el sueño de la muerte? »

Dijo y anodado por el sufrimiento desmayóse al
pié de un olivo. Inmediatamente los Angeles, ar-
rancando una rama del árbol símbolo de la paz, la
agitaron sobre la cabeza del discípulo: reanimóse
el helado rostro de Tadeo, una ligera tinta purpu-
rina tiñó sus mejillas, volvió á la vida; sueño re-
parador restauró el abatido cuerpo, y contem-
plando su alma en vision profética al Mesías res-
plandeciente en su gloria celestial, recobró la feli-
cidad con la esperanza. Contemplábale Selia con

fraternal ternura, cuando la vista de un discípulo
que aun conoce le llama la atención:

« ¿Quién es, pregunta, aquel hombre que se pasea
en la falda de la colina? La varonil belleza de su
semblante es imponente; su cabeza descuellu so-
bre las de todos los demas discípulos, como la
sombria copa del pino sobre las de los embalsa-
mados abedules; graciosamente cae sobre los robu-
stos hombros su abundante y rizosa cabellera; y
todo en él anuncia la fuerza y la energía. Sin em-
bargo, ¿me atreveré á decirlo, hermanos míos?
algo hay de orgullo en la nobleza misma de su as-
pecto. Con su arrogancia va unida la espresion de
una inquietud feroz; signo mas bien de la lucha
interna de los afectos con la conciencia alarmada,
que del temor de perder á un maestro amado á
quien en realidad no parece que busca... ¿No me
respondeis, hermanos míos? ¿Os habré ofendido
dudando de la virtud de ese discípulo? En verdad
que á mí mismo me pesa ya de mis injustas sospe-
chas, y qué le pediré el perdon de ellas ante to-
dos vosotros, cuando le vea cerca del trono del
Eterno, y rodeado de la aureola de los márti-
res. »

Y el Angel Ituriel responde suspirando:

« ¡Ay de mí! Guardar silencio es lo que mas con-
vendría á mi dolor: mas pues tú lo quieres, sea, te
hablaré de él: Judas Iscariote es el nombre de ese

mancebo orgulloso; mis ojos se apartarian indignados del culpable si no hubiera ese amado la virtud en otro tiempo, si el Mesías no le hubiera elegido para discípulo suyo. Ahora comprendo, enfin, porqué mandó el Eterno al primero entre los serafines que tendiese una espesa nube sobre uno de los asientos de oro destinados á los doce apóstoles del Mesías, que aun no habian nacido. Comprendo porque Gabriel se veló el rostro cuando pasé delante de él al bajar á la tierra con el alma de Iscariote, cuya mortal corteza iba á nacer de una madre abandonada en el momento de sus acerbos dolores. ¡Desdichado Judas! Mas te valiera no haber nacido, pues que habias de infamar el sublime nombre de Discípulo de Cristo. »

Callándose Ituriel, vuelve á decir Selia :

« Acaba, hermano mio, tus revelaciones me estremecen y sin embargo me abraso por saberlo todo.

« El amor del oro y de las distinciones le ha perdido, replicó Ituriel, de esa pasion han nacido en él la envidia y todos los vicios corruptores que van en pos de ella. Aborrece á los demas discípulos y sobre todos á Juan, porque imagina que es preferido del Mesías. ¿Mas qué digo, si aborrece al Mesías mismo! Hase persuadido de que el hijo del hombre va á fundar un imperio terrenal, y teme que dé á otros y á él no las riquezas, las dignida-

des y el poder, únicos móviles de su culpable ambicion. Yo procuro apartarle de los criminales proyectos que forma su fascinado espíritu : pero Satan le persigue á todas partes, le inspira, le guía, y se burla de mis esfuerzos para disputar la posesion de ese desdichado. ¡Ah! si cupiera en los decretos del Eterno el retener cautivo á Satan en el fondo de los abismos, volveria Iscariote á ser digno de la misericordia del Mesías, del Mesías que aun le ama, apesar de que ya sabe de qué crimen va á hacerse culpable. ¡Apartémonos, no puedo sufrir mas tiempo al aspecto del traidor! »

Llenos de tristeza se aproximan los serafines á los sepulcros; y de lejos los sigue Salem, que es uno de los inmortales habitantes del cielo, encargado de velar sobre Juan : porque Jesus ha querido que su discípulo predilecto tenga dos Angeles custodios. Rafaël, noble serafin del trono, vela habitualmente sobre Juan, mas cuando algunas veces tiene que apartarse de él le reemplaza el joven y dulce Salem.

Enternecido por el dolor de Ituriel, arrójase en sus brazos el adolescente de los cielos. Respira su rostro el candor de la inocencia, y de sus labios semejantes á las puertas de la primavera que la primera sonrisa de la naturaleza entreabre, salen estas palabras.

« Enjuga tus lágrimas, noble serafin : mira al

amable Juan adormecido á par de su maestro, y no pensarás mas en Iscariote. Juan es puro como los habitantes del cielo : Jesus le ama y es amado de él, como se aman Eloha y Gabriel, como se amaban Abdiel y Abbadona antes de la rebelion del último contra el Eterno. Cuando á Rafael y á mí nos fué confiada el alma de Juan, sabiamos que de ella emanaria la virtud como de los primeros rosados albores que anuncian la vuelta del sol emana la luz. Tambien lo sabian todas las almas infantiles del cielo, y voy á repetirte el himno solemne con que celebraron su nacimiento.

« ¡Salud, alma inmortal! ¡Salud, hija divina del aliento de Jehová! De la plenitud de tu ser emanarán pensamientos suaves y bienhechores como el rocío que una nube matinal deja caer sobre la tierra; de tu corazon irradiarán sensaciones tan inefables como las lágrimas de gozo que derraman los Angeles al ver á un mortal virtuoso. Hija divina del aliento de Jehová : ve, desciende sobre la tierra para habitar en ella un cuerpo tan perfecto cuanto es posible que la materia lo sea. Convertiráse un día en polvo tu graciosa terrestre morada : pero tu Salem te encontrará entre los muertos, y adornándote de nueva belleza, te conducirá á los brazos del Mesías. »

Quando Salem cesó de cantar, entrambos serafines contemplaron al discípulo predilecto de Je-

sus, como dos tiernos hermanos contemplan á su joven hermana dormida sobre un lecho de flores recién abiertas, y bellas y suaves como la doncella misma. Ignora la virgen que en aquel mismo instante su padre gime lívido y moribundo en un lecho de dolor; y sus hermanos que vinieran á decirselo, viéndola dormida en la calma de su inocencia, callan y ahogan dentro del pecho los suspiros.

Estenuados por el cansancio y el dolor los demas discípulos se entregan al descanso en diversos puntos del monte : unos bajo la sombra de las estensas y poco elevadas ramas del olivo; otros en angostos valles sembrados de verdes cerros; los mas prefieren acogerse á los majestuosos cedros cuyas copas, levemente agitadas por la brisa, riegan sus largas cabelleras de diafanas perlas. Juan solo descansa al lado de su maestro en las bóvedas sepulcrales, que sobre las cenizas de los muertos filtran heladas lágrimas.

Duerme Iscariote cerca de Tadeo de quien es pariente y amigo; su sueño es agitado y penoso. Satan, que durante la conversacion de los Serafines permaneció oculto en una caverna inmediata, se lanza á las nubes, se detiene sobre Judas, y lo envuelve en su sombra. A impulsos de aquella infernal influencia, palpita presuroso el corazon del discípulo, se aveza al crimen, se inflama en el terri-

ble fuego de las pasiones que el odio engendra.

Así á la solemne hora de la noche que señala el límite donde acaba un dia y comienza otro dia, despliega con lentitud la peste sobre una ciudad aletargada sus alas sombrías, inmensas, terribles. La muerte se ha sentado sobre las estremidades de esas alas que se apoyan en los muros de la ciudad, y derrama en torno suyo sus emponzoñados vapores... ; Y la ciudad siempre aletargada! Vela y medita el sabio á la pálida luz de su nocturna lámpara. En torno de los vasos de generoso vino, cuyo moderado uso alegra el corazon, algunos nobles amigos, razonan sobre la dulzura del afecto que los une á unos con otros. ¡Llega en fin el dia y con él, el espanto, el luto, la desesperacion! Pueblan los aires los gemidos de la bella desposada, que acompaña el entierro del que habia de conducirla al altar; piden en vano los abandonados huérfanos al cuerpo que fué su padre, las caricias, un abrigo, pan para satisfacer su hambre. Espirando en medio de los inanimados restos de sus hijos, maldice la madre el dia que los vió nacer, y el dia en que nació ella misma. Pálido, deshecho, con los ojos hundidos en las socavadas órbitas, el sepulturero atraviesa penosamente por entre los montes de cadaveres á que sus brazos no pueden dar sepultura. Muere este el último, y entonces desde lo alto de amenazadoras nubes baja á la inmensa

tumba el angel exterminador, y en ella se detiene pensativo, silencioso, solo y satisfecho.

Previendo la horrible tentacion que Satan dispone contra Judas, Ituriel se acerca á este y alza los ojos al Eterno en súplica de que le perdone el último esfuerzo que intenta para salvar al infeliz confiado á su custodia. Tres veces hirió el ala del Angel al cedro á cuya sombra duerme Iscariote; otras tantas se agitaron las ojas del arbol sonando como el bramido del huracan que atraviesa un espeso bosque; otras tantas tambien el tronco robusto conmovido hasta en sus raices tembló estremeciéndose, y crujió como el rayo al desprenderse de la nube. Tres veces pasó el Inmortal al lado del discípulo; y bajo su poderosa planta tembló el suelo: pero Judas no se despertó. Por instantes se hace mas horrible la palidez que le cubre, su fisonomía se descompone, un frio sudor baña su frente.

Apártase Ituriel, y lanza un largo y profundo gemido, que es el himno de duelo y muerte cantado por los cielos al alma inmortal próxima á ser presa de Satan.

Entre tanto Judas, engañado por un infernal ensueño, cree ver á su padre y oir que ese le dirige estas pérfidas palabras:

« Duermes, hijo mio, duermes pacíficamente co-

mo si nada tuvieras que temer del por venir. Es pues forzoso que lo conozcas, y yo voy á revelártelo. Ven, sígueme, yo seré tu apoyo... Ya estamos en la cima del monte... Miralo desarrollarse á tu vista, el vasto imperio que el Mesías va á fundar para sí y para sus favoritos. ¿No ves á tus plantas una cadena de montañas cubiertas de bosques, cuya fresca sombra cobija á aquel ameno valle? ¿Te admira la fertilidad del suelo? Pues mas te asombrarías si pudieras ver las masas de oro que en sus entrañas encierran esos verdes montes, inagotable fuente de riquezas, que el Mesías destina para ser patrimonio de Juan su predilecto. Aquellas colinas alfombradas de purpureas vides y aquellos campos cubiertos de espigas que al soplo mas leve del viento ondean como las olas del océano : son la hereucia de Simon-Pedro. Deten la vista en esa vasta estension de terreno ; cuan numerosas son las gentes que bullen en sus magníficas ciudades, dignas hermanas de la regia Jerusalem! Bañan sus muros los cien brazos de otro nuevo Jordan, y sus mansas corrientes les llevan sin esfuerzo ni peligro los inmensos tesoros que el universo les paga como su tributario. ¡Pues ahí es donde el Mesías elegirá los reinos que destina á sus demas discípulos! Contempla ahora aquella lejana region, salvaje, inculta, desierta ; donde las noches son largas, helados los vientos ; pedregosa el esteril suelo , en

cuyos eternamente nevados precipicios se dejan ver apenas algunas rarísimas señales de impotente vegetacion ; donde las nocturnas aves gimen sin cesar en las ennegrecidas hendiduras que en las desnudas rocas abrió el rayo. ¡Pues esa es, Judas, la porcion que te destina! ¿Tiemblas de cólera y de rabia? — ¡Pues bien osa ser tú mismo el artífice de tu riqueza y poderío! Los príncipes de Israel aborrecen al nuevo Rey que ya se obstina por demas en permanecer pobre y despreciado : proyectan darle muerte ; finge tú cooperar á sus designios ; entrégales al Mesías, y no temas que le inmolen. ¿No ha dicho él mismo que es el hijo del Eterno? — Oblígale á que se muestre en su omnipotencia, á que aniquile á sus enemigos, y á que por fin establezca el floreciente imperio de que sin cesar os habla. Tú entonces como discípulo del temido maestro, entrarás en posesion de la parte que destina ; por miserable que ella sea, como ya irás á ocuparla, rico con el oro de los príncipes de Israel, podrás hacerla brillante, y mas tarde ó mas temprano tu reino sobrepujará en fuerza y esplendor al de tus rivales. No desoigas mi paternal consejo : no me reduzcas á regresar á la mansion de los muertos con el corazon trapasado de pena, no me condenes á llorar eternamente la vergüenza , el oprobio de mi hijo. »

La vision desaparece ; y Satan recobra orgulloso

su terrible figura; y Judas se levanta precipitadamente, exclamando:

« ¡Es mi padre el que acabo de ver! Mi padre largo tiempo há sepultado! Era su voz, su rostro; sí, él es á quien he visto y oído. ¡Con que es cierto que Jesus me aborrece y hasta los muertos lo saben! Haré pues lo que los muertos me aconsejan ya que ellos solos se interesan en mí... ¡pero vender á Jesus, á mi maestro, sin mas razon que un sueño!... ¿Era en efecto mi padre ese fantasma que acaba de aconsejarme un crimen?... Ya hace tiempo que á mi pesar me agitan pensamientos de odio y de envidia... ¿Será que el príncipe de las tinieblas, zeloso de las glorias que el Mesías les prepara á sus discípulos, intente seducirme? — Apartaos de mí, cobardes dudas: tímidas hijas del miedo, no sucumbiré á vuestros débiles esfuerzos. La sed de gloria y de venganza devoran mi alma enérgica: un sueño ha venido á prometerle la gloria, á prescribirle la venganza, y tales sueños son sagrados. »

Dijo; y en el rostro de Satan brilló un gozo salvaje, fijándose su triunfante mirar sobre el discípulo, á quien ya está seguro de arrastrar al crimen. Así, cuando el rayo hunde en un abismo cubierto por las aguas á la roca que suspendida sobre el océano amenazaba sepultarla á cada instante bajo su poderosa mole, se estremece de alegría la isla flotante que bajo ella pasaba y repasaba sin

cesar, y sus mas erguidos árboles se inclinan para saludar al rayo vengador.

Ansioso de completar su obra, se aparta Satan del monte de los Olivos, vuela á Jerusalem y entra en el palacio de Caifás, cuyo corazon no está aun, á su parecer bastante corrompido. Para hacer enteramente suyo al Pontífice va á amedrentarle y seducirle con uno de aquellos ensueños que la perfidia engendra en el fondo de los infiernos.

Judas permanece inmóvil y pensativo al pié del monte. Luce el nuevo día, Jesus despertándose sale de las bóvedas sepulcrales, y seguido de Juan va con él al parage en que aun duermen los demas discípulos. Allí estrechándole suavemente la diestra dijo el Mesías á Tadeo:

« ¡Tierno y piadoso amigo: yo soy, mírame, vivo estoy!

Enlazó el discípulo llorando de alegría las rodillas de su maestro y fué en seguida á despertar á los demas que presurosos corrieron al Mesías. Este los recibió con melancólica sonrisa y les dirigió la palabra en dulce y magestuosa voz.

« Venid, los de mi santa compañía, venid á celebrar conmigo este día; cuyo término será el mas triste de los besos de adios. Venid: las puertas de Saron¹ estan aun abiertas para nosotros, aun

¹ Antigua ciudad de la tierra de Canaan situada en el valle de su mismo nombre. Al hablar la Biblia en los libros de los reyes y en

derrama el cielo sobre estas bellas regiones la dulce bendición del matinal rocío, el cedro estiende sobre la tierra su fresca sombra, y aun veo en los humanos rostros la huella de la Divinidad. Mas pronto dejará todo de ser así; en breve se oscurecerá el cielo, antes de mucho conmovidos los abismos en sus cimientos se tragarán estos fértiles llanos; pronto no hallaré en los hombres mas que miradas de odio y palabras de maldición. No llores así, Pedro; y tú mi caro Tadeo, tú que tanto me has llorado esta noche, enjuga tus lágrimas. ¿No estoy, yo contigo? ¿Aflígese la virgen á par de su desposado? Todos nosotros volveréis á verme, y entonces será vuestra alegría como la de los buenos hijos cuando despues de una larga ausencia se reunen á su amada madre. »

Dijo y en su rostro brillaba una severidad celestial; aunque en su pecho las angustias y padecimientos de la redención iban siendo cada vez mas agudas.

Camina Jesus hácia Jerusalem y síguenle todos sus

Paraipomenon, del reparto de las tierras entre las diversas tribus de Israel, citan diversas veces á la ciudad de Saron. Isaías al profetizar la desolación y destierro de los Judíos, dice que el Señor dará el país que aquellos habitaban á sus elegidos, que en Saron estarán, las cabañas del ganado Ganai; y en el valle de Hacor las del menudo (Isaías, cap. 63.) Jesus alude á ese pasaje del profeta, pues que las calamidades que arrojaron al pueblo de Israel de la tierra de sus padres no habían acaecido aun cuando el profeta le hace hablar. — T. F.

discípulos, á escepcion de Judas que se ha mantenido separado de él aunque sin perder una sola de sus palabras.

« ¡Cómo! esclama Judas, ¡Ya sabe que el día de hoy será para él un día funesto! ¡Pues que adivina el porvenir, podrá salvarse de sus enemigos y acabar su obra!... ¿Pero sabe tambien lo que yo intento? — ¡Ah! si el sueño me hubiera engañado... Si Jesus solo hablase de su próxima muerte para aumentar mis tormentos! Porque él me aborrece, sí... ¡Maldito sea el lugar en que me he dormido; asesine en él un hijo á su padre; apague tambien en él la antorcha de su vida con sus propias manos una víctima del infierno! ¡Maldito sea el día en que Jesus me recibió en el número de sus discípulos! ¡Unico día dichoso de mi horrible existencia: jamás te nombre ningun mortal; olvídete el mismo Eterno!... ¡El Eterno! Al pronunciar ese temido nombre, ¿porqué el terror se apodera hasta de la médula de mis huesos?... Judas, Judas, ¿quien eres? ¡Acuérdate de tu noble orgullo, y tu regia ambición te hará superior á la amistad nunca imparcial de Jesus, á las redes mismas del Demonio! »

De esta manera exhala Judas su rabia y su terror. — Desde que Satan le envió para perderle su terrible vision, hase aproximado de la eternidad en dos horas tremendas, irreparables.